

Mi vida con Yanet cuando llegó Sofía

*Buscamos, desorientados, en el
laberinto de la mente.*

Conocí a Sofía cuando mi relación con Yanet era un infierno insoportable, una lucha encarnizada por imponer el criterio propio, un afán desmedido de contradecirnos y agraviarnos para dominarnos que de no ponerle coto acabaría irremisiblemente por destrozarnos. Sucedió lo peor, convertimos la convivencia en una pesadilla aborrecible, bandeamos la prueba en la cuerda floja de la locura y, siendo uno del otro, terminamos por ser uno contra el otro.

Fue una experiencia exasperante y malsana, hubieron de ocurrir hechos decisivos para que se despejara las angustiosas incertidumbres, cesaran las discrepancias, los ácidos conflictos y lográramos, al fin, ser uno sin el otro.

Sofía pone reparos, recela y observa.

I

Así consta en mi carné de identidad: nombre DIMAS, sexo M, nacionalidad ESP; los apellidos no vienen al caso, la edad aproximada se sabrá.

Vivo en Oviedo y no tengo amigos, dicen que soy raro, de temperamento arisco y con un carácter difícil y cambiante. Por mi actividad cara al público, la conducta desigual y los pronto indebidos me conoce todo el mundo. Es si me altero cuando pierdo la concentración,

digo incoherencias o hago inconsecuencias. Lo malo es que no soy consciente de mis fluctuaciones de ánimo, después, al conocer por los médicos la agresividad de mis reacciones tengo un miedo cerval a que se repitan y dé motivos para que me juzguen mal y se dañe mi crédito. Para no liarla, ponerme en evidencia y que me rehúyan o me señalen busco el apartamento de la gente. Por esa precaución voy de la oficina a casa, allí paso el tiempo con la televisión, que me aburre enseguida, algo de música suave para atenuar las cefaleas o la irritabilidad que me agita por causas banales, o incluso sin ellas, y la lectura, muy selectiva y sin excederme. Prefiero los libros manejables y de bolsillo impresos con letra mediana — la letra pequeña me exige mucho esfuerzo, los ojos me pican y lagrimean — , verdana 11, arial 12 o times new roman 13 y lo más artística posible, bodoni, garamond, kristen, papyrus, poor richard o harrington, que no son fáciles de encontrar, creo que la letra es diminuta cuando los autores no saben expresar lo interesante con menos verborrea. En ocasiones no termino de leer o simplemente de ojear los libros, si me cansan o soliviantan lo dejo.

Los ingresos me permiten alquilar apartamentos confortables. El de ahora está en la calle Uría, frente al Parque de San Francisco, el pulmón urbano principal con robles o *carbayones* emblemáticos y árboles centenarios. Disfruto paseando o haciendo footing por las veredas peatonales de El Bombé, Los Curas, La Rosaleda, Los Álamos o La Herradura con ropa deportiva y sudadera, o ante el Quiosco de la Música o el Escorialín, rodeado de fuentes, estanques, flores y pavos reales, oyendo los cantos de los pájaros y viendo de refilón a Petra, la osa, en su mareante ir y venir por el redondel de la jaula.

Las asistentas acaban recriminándome cualquier tacha o discrepancia por nimias que sean, me sorprende que las tomen por desaires, un día salió a relucir la palabra racismo sin venir a cuento, si mi estado anímico se encasquilla cunde la tirantez y soy incapaz de contenerme, se enfurruñan, remontan el vuelo farfullando y me dejan tirado.

La última era señora discreta y hacendosa, venía al medio día y se iba por la tarde, solía traer a una nieta modosita, a ésa la soportaba,

los niños que no paran quietos o los repipis me exasperan. No quise perderla, había en ella una familiaridad casi maternal que me agradaba, me regañaba por el desorden que provocho, líquidos vertidos por el suelo, lozas y cristales rotos, decía «que así no puede haber orden y limpieza, y a una se le quita la gracia». Hace días encontró el salón patas arriba, las plantas — un *figus elástica* o árbol del caucho bien crecido, la primorosa *azalea* de flores blanco rosáceas y una *beu-carnea recurvata* o pata de elefante — y los tiestos destrozados, la tierra desparramada por las alfombras y el parqué, yo estaba en mis cabales, me excusé y le ayudé a recomponerlo, no cejaba de sermonearme. Hoy vio el ropaje femenino, los zapatos con tacón de aguja, los bolsos, las pelucas y los cosméticos, en el joyero la bisutería — pendientes, pulseras, broches, anillos, colgantes — y buhonería, me preguntó si estaba casado, si tenía novia o si pensaba traer pendangas al piso, no son asuntos de su incumbencia pero le dije que no tenía previsto desposarme ni tampoco enrollarme con prostitutas. Exclamó que hasta ahí habíamos llegado, se quitó el mandil, enfundó el abrigo, pidió el finiquito y al irse me afeó, carilarga, no haberla puesto al corriente sobre quién era don Dimas realmente, algo que ni yo tengo aclarado.

Las agencias ya me advierten que el servicio doméstico escasea y que no es fácil encontrar personal compatible con mi perfil, retórica retorcida para decir veladamente que soy un cantamañanas conflictivo o un misántropo, con el agravante que esas noticias se propalan como centellas y supongo que acabaré más solo que la una.

Quedarme solo no sería novedoso, me acostumbré a la soledad y a valerme por mí mismo desde que empecé con la inmoladora preparación de las oposiciones. Dice el refrán que buey solo bien se lame, comprar en las tiendas o el supermercado, hacerme la comida, lavar, planchar y coser botones, arreglar la habitación, pasar la aspiradora, barrer o quitar el polvo con la gamuza no son un desdoro, hasta me relajan, y también fregar los cubiertos, vasos, platos, sartenes y cacerolas, para los pocos enseres que utilizo no vale la pena poner el lavavajillas. En los pisos anteriores a veces no me apetecía hacer nada,

no soy haragán pero el hacinamiento y la suciedad me daban igual, los dueños me exhortaban expeditivamente a irme, no sé cómo se enteraban, apechugar con el berenjenal de las mudanzas me desequilibra, espero no repetirlas.

Al regresar del parque me ducho, pongo una bata o el albornoz y reclinado en el mullido sofá en ocasiones quedo mirando alternativamente al techo estucado y a mí alrededor, acabo somnoliento, medio en vigilia y medio dormido. En esa franja crepuscular es como si estuviera en un lugar de ensueño. Lo describiría como un lago, un río o un océano silenciosos, después se va formando un arco iris con tiras concéntricas verdes y fucsia, los terminales romos penetran en el agua como pilotos, llega a la deriva una chalupa sin arboladura, remos ni asientos, el casco son maromas adosadas de esparto, cáñamo o algodón trenzado, a popa hay un cofre con la tapa levantada de cristal opalescente donde revolotea una libélula malherida que no sabe salir de allí o no quiere, también hay una arqueta de caoba con una diadema perlada de gotas lustrosas que se me van entre los dedos, si no los malentiendo esos hallazgos simbolizan el alma, pensar que el insecto y la joya sean mi alma vagabunda me consuela, no sé por qué pero es un bálsamo creerlo, la barca navega hasta un delta espacioso, las aguas del río y del mar se avecinan y se funden en el estuario murmurando mansamente, en el carel crece una guirnalda de ramas y hojas y se enrolla a los escálamos, los costados se carenan con flores silvestres, me dejo mecer con blandura y me pregunto quién soy y cuál es mi misión en este mundo. Adormilado, me pregunto y me digo esas cosas, que no son nonadas o majaderías, y también me digo que soy afortunado, que debería darle gracias a Dios por tener cuanto preciso y porque me las compongo solo a las mil maravillas.

Retorno a la realidad y al desconuelo habitual y me echo en falta como persona plena. Sé que en mi vida falla lo determinante, falla que no me gusto y, conmovido en lo más arcano de mí ser, a veces llevo ese descontento al extremo que me detesto.

II

Si me detengo a recordar mis cambios de conducta vienen de la pubertad. Debo profundizar en ellos y hacerles frente con sosiego, aunque la templanza no sea mi fuerte.

Lo digo sin rodeos, estoy concienciado de que me desagradan mi cuerpo y mis confusos pensamientos, me trastorna mi realidad subvertida, quisiera ser otra persona, con plenitud anímica, contento conmigo mismo y seguro de mi verdadera identidad, que debo desvelar.

Los productos de mujer no dejan sitio en el tocador, sobre la mesa de mármol blanco o en el estante de barrotes moldeados hay frascos de perfumes, barras de labios, colorete, lápices sombreadores, laca de uñas, cremas, rímel, desodorantes, mascarillas desfoliantes, tinturas, cepillos de cejas, pestañas postizas y pelucas rubias, castaño, platino para cubrirme el pelo natural, negro y algo ondulado. No fumo, pero encuentro cajetillas de tabaco rubio empezadas y mecheros. En las perchas y cajones del ropero, junto a mi vestuario se almacenan prendas femeninas, me excita tocarlas, presentar la indumentaria de calle y de fiestas o recepciones ante mí o vestirla, algunas tardes la llevo puesta, con zapatos de tacón alto y bolsos o con bandolera, a veces me pongo corpiños o corsés, bragas, medias y ligueros largos y coqueteo con mis composturas, luego lo cambio por un camisón y me acuesto.

Paso mucho tiempo ante el espejo, transformándome con un disfraz de potingues y atalajes para conseguir la apariencia que ansío tener. Al principio desprecio lo que refleja, después, deslumbrado, lo acepto. Me prometí, me juré infinidad de veces prohibirme esas expansiones del espíritu, es inútil, no soy capaz de dilucidar la causa de mis vacilaciones y amansar la irresoluta marea interior, de coger el timón y escribir mi cuaderno de bitácora, de hacerme con mis propias riendas.

El transformismo es muy turbador, siento cansancio, tengo palpitaciones y me cuesta respirar. A poco que aumente mi agitación se me acelera el pulso, empiezo a temblar, sostengo conmigo mismo